

RESEÑAS

Carlos. J. McCadden y José Manuel Orozco Garibay, *Decir y contradecir. El principio más firme de la filosofía primera*, 2018, México, Porrúa, 271 pp.

RECEPCIÓN: 24 de octubre de 2019.

APROBACIÓN: 6 de diciembre de 2019.

DOI: 10.5347/01856383.0133.000299237

Según Aristóteles, el de no contradicción es el más firme de todos los principios. Lo dice en relación con Heráclito, quien postulaba el continuo devenir y el cambio permanente, por tanto, la contradicción. Se trata de no sostener una cosa y su contraria al mismo tiempo y bajo las mismas circunstancias. Es el sostén de la lógica formal. Sin embargo, junto con esta lógica hay otra, la lógica dialéctica, la cual opera con la contradicción, pero sin quedarse en ella, sino superándola. Así, de una afirmación o tesis se da una negación o antítesis y luego una negación de la negación o síntesis. De esta manera, se supera la contradicción y los opuestos se reasumen en esa nueva síntesis.

Por esta polémica entre formalistas y dialécticos, ese principio tan firme se ha visto cuestionado, de ahí que haya sido tan importante la nueva investigación realizada por Carlos McCadden y José Manuel Orozco Garibay, con la que nos regresan a los orígenes de la filosofía, a los griegos, donde se gestó esta polémica.

El trabajo de los autores es muy serio y erudito. Recorren varios tramos de la historia de la filosofía, que contiene la historia de la lógica, tanto de la formal como de la dialéctica. Lo más interesante es que McCadden y Orozco se empeñan en mostrarnos el lugar exacto del principio de contradicción, es decir, su alcance y sus límites (p. 29), pues siempre se vio como una especie de corsé, como una barrera que impedía pasar a muchas cosas que en la realidad se nos muestran como irreductibles a la identidad, y se deslizan al cambio y a la vorágine. Filósofos como Heráclito, Empédocles, Eckhart, Cusa y otros han señalado que no se puede negar el conflicto.

Uno de los que más estudió ese tema fue Leibniz, a quien dedican mucho espacio los autores del libro (p. 55). Es necesario porque fue un eminente

lógico, por lo cual tuvo que interesarle el marco de ese principio. Nuestros autores nos señalan que Leibniz cambió la idea de la proposición, que era vista como sujeto-cópula-predicado, y él la vio como término analizado. En el fondo, la ve como relación, que fue lo que le interesó a Bertrand Russell, en su célebre libro crítico sobre Leibniz, de 1900, en el que encuentra muchos elementos para reformar la lógica simbólica en *Principia Mathematica*, y desde antes. En efecto, la reformulación de Leibniz del principio de contradicción, como lo muestran McCadden y Orozco, prefigura los sistemas de inferencia de Hegel y de Wittgenstein.

Algo muy interesante que hacen estos autores es hacer ver la conexión de Leibniz, protestante, con Lutero (pp. 100-104). Para este gran reformador, había que aceptar la paradoja, esto es, la antinomia, la contradicción. Nos recuerda el dicho que se atribuye a Tertuliano: *Credo quia absurdum*. No es que Leibniz se empantanara en el absurdo, pero sí tuvo mucha sensibilidad para darse cuenta de que no todo era reductible a esa lógica en la que él era tan eminente. Se parece a Pascal, quien tuvo la misma sensación de que se requería otra cosa para salir del vértigo de los dos infinitos.

Ponen buen cuidado los autores en indicar que la contradicción hegeliana se supera con la dialéctica (pp. 142-145). Hay quien dice que Hegel ideó su dialéctica a partir de la tragedia griega, seguramente al ver la paradoja que es el héroe trágico, el cual se enfrenta al destino, sin poder casi nunca vencerlo, porque estaba por encima de dioses y de hombres. Lo que sí es claro es que lo enfrentaba con la *frónesis* o prudencia, como hicieron Ulises y otros. Pero la *frónesis*, prudencia o razón práctica no es firme, sino azarosa, como la vida, y por eso requiere abrir los marcos conceptuales.

Por ese sentido para lo trágico es quizá por lo que Hegel supera a Leibniz, como explican los autores (pp. 167-170). Lo hace porque no se queda atrapado en la idea de que A y no A son contradictorias, sino que esto se trasciende en la totalidad. Si Leibniz metía en su sistema los posibles, Hegel le gana, pues él mete también los imposibles. Es decir, hace posible lo imposible por la mediación dialéctica. Esto supieron verlo muy lúcidamente los autores del libro que comento. Sentido de la mediación, de la tríada, en la que hay un correlato que sirve de relator a los otros dos. Es en lo que Charles Sanders Peirce seguirá a Hegel, en su triadomanía.

McCadden y Orozco nos hacen dar un salto en la historia, hacia Wittgenstein, pero no en la continuidad del pensamiento, ya que en él se pueden dar vueltas y revueltas, como las de Vico, y regresar a un punto que parecía preterido, pero

que se recoge o recupera de manera distinta. Así, Wittgenstein recupera y rebasa a Hegel.

Wittgenstein adoptó al menos dos teorías del lenguaje, basadas en el significado de la proposición. La primera fue llamada teoría pictórica, según la cual el lenguaje pinta la realidad. La proposición es figura del hecho. Esto fue en su primera época, la del *Tractatus logico-philosophicus*. Pero en su segunda etapa, debido a su diálogo con un economista italiano que estaba en Cambridge, Piero Sraffa, Wittgenstein cambió y tuvo la teoría de los usos de la proposición, basada en juegos del lenguaje y formas de vida en las que estos se daban. Esto fue lo que sostuvo en su otra gran obra, las *Investigaciones filosóficas*.

Nuestros autores tratan de abarcar las dos épocas, tanto la del *Tractatus* como la de las *Investigaciones*. Colocan a Wittgenstein en el país de las maravillas, pues en su segunda etapa ya no cree que se puedan evitar las paradojas o contradicciones. Si en la primera sostuvo que en lógica no había sorpresas, sino que todo era exacto, ahora presenta rasgos que parecen relativistas, una especie de Wittgenstein “posmoderno”. En efecto, el pensador vienés dice que la filosofía (es decir, la lógica) no resuelve todas las contradicciones, ni tampoco todas las ambigüedades del lenguaje (p. 188).

Hay reglas de juego, y lo que ha pasado cuando topamos con una contradicción, es que no se han obedecido. Sin embargo, el propio Wittgenstein dejó un arduo problema que ha fatigado a sus estudiosos, a saber, en qué consiste seguir una regla. En la filosofía analítica, la racionalidad consiste sobre todo en seguir reglas de inferencia, y este adalid de esa corriente nos señala que no sabemos bien a bien en qué consiste seguir reglas. Lo muestra con el ejemplo de los juegos, en los que se dan parecidos de familia, pero se van esfumando hasta que casi se nos borra la situación en la que se encuentran. Es decir, su labor en esta etapa posterior, que se ha llamado terapéutica, ha sido la de movernos a perder el miedo a la contradicción, a la paradoja.

El mago de las paradojas fue Kierkegaard. Curiosamente, se sabe por sus amigos Drury y Malcolm, que Wittgenstein leía a este autor danés y que lo admiraba.¹ Es extraño, sobre todo porque alguien ha dicho que Heidegger da la impresión de haberlo leído todo, y Wittgenstein la de no haber leído nada. Pero cada vez salen más cosas que se sabe que leía.

Varios lógicos connotados han instado a revisar el principio de no contradicción, por ejemplo Lukasiewicz, con su lógica polivalente. Él prefiere poner como principio más firme el de identidad (pp. 226ss.), y en eso coincide

¹Michael Paul Gallagher, “Wittgenstein’s Admiration for Kierkegaard”, *The Month*, 39 (1969), p. 44.

con Hegel. McCadden y Orozco pasan de Leibniz a Hegel y de este a Wittgenstein en sus reflexiones sobre la superación de la contradicción, y llegan a la conclusión en la que nos cumplen lo que era el inicio de su especulación, es decir, cuál es el lugar de la contradicción. Explican que Aristóteles la veía en la proposición que afirma y niega algo; que Leibniz la veía previamente en la discordia de conceptos, como *contradictio in terminis*; en Hegel, se da en la realidad misma, pero se soluciona dialécticamente; y en Wittgenstein se da en la inferencia, por medio de las funciones de verdad (pp. 256-258). Es decir, el principio de no contradicción ha ocupado diversos lugares en las operaciones del intelecto: a veces en el concepto, a veces en el juicio y a veces en el raciocinio, pero siempre con relación a la realidad.

La realidad, pues, es la que nos indica que en ella hay conflictos. Fue lo que captaron los presocráticos, por eso se pusieron a filosofar, hasta llegar a Aristóteles, que con la lógica detuvo ese devenir incesante. Y lo hizo por su gran intuición del concepto de la analogía. Por ella dividió el ente en potencia y acto, con lo cual dio cuenta del devenir. Y usó la analogía precisamente para debilitar el principio de no contradicción; para encontrar un respiro, ya que la realidad es conflictiva. Fue lo que inició el filosofar en la historia, y es lo que han hecho McCadden y Orozco Garibay, por lo que se han mostrado, para mí, como auténticos filósofos.

180

Pues bien, como se ha dicho, Aristóteles introduce el concepto de analogía para debilitar el principio de no contradicción, ya que necesitaba hacerlo en varios ámbitos de su investigación. Por ejemplo en su biología, ya que los organismos son vivos y la vida no se pliega a los principios lógicos. Igualmente, en la ética y la política, lugares en los que aplicaba su lógica tópica, tanto dialéctica como retórica, lo mismo que en la poética, en la que metáfora y metonimia eran formas de la analogía. Inclusive en su metafísica, ya que las principales nociones ontológicas tenían varios significados, pero con cierto orden. La analogía, entonces, ayuda a comprender lo que no se puede sujetar a la exactitud. Y eso abarca muchas cosas. Sobre todo cosas humanas, como se ve en psicología.

La filosofía ya no es cuestión de mera identidad. La dialéctica ha encontrado varias expresiones. Como los autores del libro nos han enseñado, Aristóteles mismo tuvo noción de la dialéctica, que fue lo que llamó la tópica, la cual no tenía la misma fuerza en las premisas que la lógica axiomática de los *Analíticos primeros*. Después Leibniz se encargó de introducir en la lógica un contexto muy fuerte de analogía, como lo han hecho ver estudios recientes.

Y Hegel llegó a un punto mayor, con su dialéctica tan ambiciosa. Wittgenstein sufrió su propia crítica de la lógica formal, ya que en su primera etapa, la del atomismo lógico, creyó firmemente en ella, pero después, en la segunda, la debilitó mucho con su teoría de los juegos de lenguaje. Un preclaro comentarista suyo asegura que ambas etapas fueron un desarrollo natural y sostenido de su pensamiento. Se trata de Anthony Kenny, uno de los mejores conocedores de Wittgenstein.²

El caso de Wittgenstein es uno de los más ilustrativos de lo que significa tratar de poner el principio de no contradicción en sus justos límites. Otro ha sido el de Lukasiewicz, al cual los autores del libro citan y exponen brillantemente. Además de replantearse el tema del principio de no contradicción, lo hizo con el de tercio excluido, conectado con el anterior, y fue cuando elaboró su lógica polivalente, en la que no hay un tercero excluido, sino un cuarto, o un quinto, etc. El estudio que han dedicado a este lógico polaco nos hace comprender mejor el rumbo que han seguido nuevas áreas de la lógica, que desembocan en la lógica llamada “paraconsistente”. Entre sus cultivadores conozco a Lorenzo Peña, el cual francamente debilita el principio de no contradicción, de la lógica formal, hasta llegar a posturas que solo podrían caber en la dialéctica hegeliana.³

Son los nuevos rumbos que ha tomado la lógica en su generalidad. Todo por estarse a vueltas con el principio de no contradicción. En todo caso, es lo que los autores de este libro magnífico nos han enseñado y les debemos agradecer.

De manera principal, me parece que estos estudios repercuten no solo en la lógica, sino también en la ontología. Esta rama tan importante de la filosofía ha estado necesitada de un contexto más amplio del que se le ha concedido. Después de superados los ataques que le hizo el positivismo lógico, ha encontrado una mayor aceptación en la actualidad, sobre todo por la lógica modal, que debe mucho a Leibniz y, también, a Lukasiewicz. Se ha dado, junto con ella, una semántica modal, que lleva a una ontología modal. Y es algo que promete mucho en la línea de la filosofía analítica. Lukasiewicz mismo fue un gran conocedor de Aristóteles, que ofreció una formalización de la silogística.⁴ Por eso no extraña el que haya conocido las intenciones del Estagirita y, dado su conocimiento igual de la filosofía analítica, haya atendido a sus necesidades y lagunas.

²Anthony Kenny, *Wittgenstein*, 1974, Madrid, Revista de Occidente, pp. 193ss.

³Lorenzo Peña, *Introducción a las lógicas no clásicas*, 1993, México, UNAM, pp. 85ss.

⁴Lukasiewicz, *Estudios de lógica y filosofía*, 1975, Madrid, Revista de Occidente, pp. 61ss.

Otro punto fundamental que encuentro en el desarrollo realizado por McCadden y Orozco es el de lo que hizo Wittgenstein en sus dos etapas, la del *Tractatus* y la de las *Investigaciones*. Puso en crisis lo que había que poner, para modificar el pensamiento de los positivistas lógicos. Ellos se nutrieron de la primera época de Wittgenstein, por el contacto que tuvo con los fundadores, los miembros del Círculo de Viena. Y después se desmarcó de ellos, por considerar que caían ellos mismos en contradicciones. Lo definitivo fue que el propio pensador austriaco radicado en Inglaterra llevó al culmen las contradicciones internas del positivismo lógico, hasta desembocar en esa segunda etapa que nos resulta tan extraña, pero que fue la que más ha marcado la filosofía de nuestro tiempo.⁵

Se ve en los autores de *Decir y contradecir. El principio más firme de la filosofía primera*, el esfuerzo denodado por sacar a luz las implicaciones del replanteamiento del principio de no contradicción. Esas críticas son las que han llevado a la filosofía reciente. Es como lo que ha pasado con las geometrías no euclidianas, ya que la de Euclides se consideraba como la más fuerte, por no decir la única. Así ha pasado con ese principio fontal, cuya elucidación ha provocado grandes cambios en la historia del pensamiento.

Debemos, pues, a McCadden y Orozco nuestro reconocimiento, porque nos motivan para seguir reflexionando sobre los mismos fundamentos de la filosofía que cultivamos.

MAURICIO BEUCHOT
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

⁵Alejandro Tomasini Bassols, *El pensamiento del último Wittgenstein*, 2003, México, Edere, pp. 109ss.